

Jane y Rachel conversaban: – Otro juego de paciencia.

JANE: Usted, Botvid.

BOTVID: Deberíais llevar una vida más sana, caminar al aire libre. Me gustaría veros pasear por los alrededores, en plena naturaleza. Cansaos en la naturaleza. O bien tratad de buscar otros objetivos en vez de entregaros a largas conversaciones. Pero haced algo. Por desgracia mis lecciones van a la par con aquello de lo que tanto habláis. No tengo otra cosa que enseñaros. También yo me siento atraído por esos temas fundamentales, ya sabréis que os escucho con frecuencia. Y si vuestro maestro os escucha, ¿cómo podréis hacer caso de mis consejos? Sé que debo velar por una de las dos, pero aún no sé por cuál. Soy vuestro tutor, y a pesar de encontrar razonable vuestro modo de vivir no puedo dejar de insistir en rogaros que salgáis y que por lo menos contestéis

al teléfono. Por otra parte, sois tan conscientes de vuestros deberes hacia mí. No lo creeréis, pero de vez en cuando, por la noche, me despierto sobresaltado pensando en vosotras. Sois tan autónomas y con un cerebro tan prematuramente mecánico. Os enseñé una fórmula cualquiera y enseguida la veo establecida en vuestras mentes. Pero lo que realmente me produce asombro es la falta del más mínimo interés por todo lo que se encuentra fuera de vuestras conversaciones. Me gustaría escribir una carta a vuestros padres con estas ideas, pero ya no pertenecen a este mundo. Qué enorme responsabilidad he contraído. Los pasatiempos, aun los más inocuos, llevan con toda seguridad a cometer insensateces. Esto lo digo, pero en realidad no lo creo. Quizá sea sólo el deseo de ver crecer a dos niñas a partir de un modelo cualquiera, sano, práctico. Y mi responsabilidad sería menor. Tanto Rachel como Jane me tratan como a un sirviente, en eso no les falta sentido común. En realidad estoy constantemente en vela. De lo que no carecen es de belleza. A causa de la pedagogía y el amor no ceso de mirarlas. Puesto que ellas son mi único deber.

JANE: Nuestras habitaciones: una gran cortina divide mi zona de la de Rachel. Las dos tenemos un espejo ovalado idéntico, que refleja las mismas cosas, una hilera de miniaturas en la pared, otra hilera de dibujos, con repisas de *pitch-pine*, después un espacio de pared floreado, y debajo el respaldo y los dos brazos de un sillón desfondado. Si me levanto de puntillas veo a Rachel sentada en el sillón que se hunde, y me siento en el otro sillón, Rachel se levanta, hasta que el espejo refleje tan sólo su figura. Debería tapar o emparedar el espejo. Es insoportable cuando alguien se entromete incluso en el propio espejo.

JANE: Cierra la ventana, querida, hay corriente. El tiempo está empeorando. Es agradable ver el inicio de un temporal. Ahora Ursi ya no vendrá a buscarnos. ¿No encuentras que recibimos pocas, poquísimas visitas?

RACHEL: Puedes decir que no recibimos absolutamente a nadie. Ursi dentro de poco dejará de venir. Se ha dado cuenta de que soportamos de mala gana su presencia. Por otra parte hace tiempo que sólo nos atendemos a nosotras mismas. Y bien que nos va.

JANE: Pero también me gustaría hablar de los demás. Te describiré a Ursi y así la liquidamos de una vez, la última visita:

«El rostro de la pelirroja estaba hecho de líneas aplastadas salvo los ojos basedowianos, la nariz inexistente, con dos agujeros anchos y grasientos, y la boca, aunque parezca extraño, era la

imagen de una boca rojo cereza, pequeña y obviamente voraz; debajo una mandíbula redondeada, con una ligera pelusa oxidada, un cuello largo, la espalda ancha, los brazos cortos, las manos: esto, las manos eran en verdad bastas, los dedos parecían prematuramente cortados, burdos, anchos y sólidos, manos de asesino, para emplear una frase hecha. Y quizá de idiota también. No es que un asesino sea idiota, por favor, pero se dice que ciertas manos extremadamente bastas las tienen los que cometen delitos sexuales, en el campo, y que son un poco idiotas. El cuerpo era una caja ancha, sólida, con dos músculos delante, y en medio de la barriga un ombligo mal cortado, el nudo le quedaba hacia fuera y parecía una doble nariz, sin embargo, tenía dos piececillos preciosísimos, delicados, cándidos. Yo le habría agarrado los piecitos con unas tenazas y habría mordido aquellos deditos gordinflones, el meñique también, un tanto contrahecho por los zapatos estrechos. ¡Ah!, aquel bultito del meñique no era un callo, le había crecido de la molla, se trataba solamente de una protuberancia que hacía que el dedo pequeño del pie pareciese una pelotita de carne, una cebolla pegada casi por *charme*.

»Ursi se cortó un ribete de grasa que permanecía por sí solo en pie».

RACHEL: Tengo la impresión de que han llamado.

JANE: Sí, pero nosotras no lo oímos.

Jane y Rachel se arrastran de pretexto en pretexto. Un extraño viéndolas por primera vez no distinguiría una de la otra, y las distinguiría menos aún si las observase. Son más o menos de la misma estatura, Jane ha crecido estos últimos meses; el crecimiento de Rachel, por el contrario, se ha detenido. Botvid tenía miedo de que Rachel se quedase pequeña, la niña también lo temía, de la misma manera que temía ser la imagen disminuida de la otra. Las dos imágenes similares vagan por la casa y el jardín midiéndose mutuamente. Botvid teme muchas veces verlas inmóviles ante sí.

RACHEL: A lo mejor el que nos parezcamos tanto se debe a los ejercicios de imitación que hacemos.

JANE: De este parecido sacaremos provecho. Por otra parte, al tener esta semejanza tan cerca, no podemos evitar hablar de ella, o simplemente

te observarla con atención. Con la excusa de que una cosa se parece a otra nunca se destruye nada. Porque cada recuerdo al surgir en la memoria se transforma en la sustitución de aquello que se recuerda. Yo misma no sé recordar, para mí el recuerdo es un préstamo. Nosotras pensamos como de prestado. Si ha de ocurrir alguna cosa tampoco estará lejos un día de otro. Quizá nosotras jamás seamos algo. La sola idea de que se pueda ser algo me asusta. Prefiero las cosas que al tiempo que nacen se acaban.

Yo, señores, podría elevarme de entre la gente y decir: yo soy lo que parezco. La niña que me acompaña es mi imagen, en la trastienda hay otros seres igualmente semejantes. Sin embargo sabría frenar mi elocuencia, porque mirando a la gente que me escuchase vería que sus rostros no son distintos del de Rachel. A Rachel misma, confundida entre la gente, no se la reconocía. Es el poder de la gente, el poder de la humanidad y el poder de la identidad. Por lo tanto, hermana, permanezcamos entre nuestras cuatro paredes para no salirnos del modelo, ajustémonos la una a la otra y volvamos sobre nuestros pasos. Un intercambio de similitudes podría ser letal para nosotras. Tú eres mi ejemplo disminuido frente a otras dimensiones, prefiero callarme.

Aquello que se ha agigantado me ofusca la mente, lo que se empequeñece puede abarcar todas las dimensiones. Casi como un juego de pulgas. Y en ese juego vemos el transcurso de nuestros días.

En pocas palabras nos asalta un montón de similitudes, y cuando todos estos montones estén archivados en una perfecta semejanza, quizás entonces nos daremos cuenta de que no existe ninguna huella de auténtica similitud. Y será un día glorioso. Borrar las huellas, el origen perfecto. ¿Cuándo? Jamás.

BOTVID: El peligro es que dejamos demasiadas huellas –y no es tan sólo mi enorme mole la que me hace decir esto. Las significaciones son muchas veces excesivas, cuanto más se avanza hacia la higiene más se solidifica todo para los que nos sucedan si no se desaparece poco a poco, uno a la vez metódicamente, empezando tal vez por mí, gracias a Dios estoy ya a un paso de la tumba, ya muchos de mi generación se han marchado, y también vosotras, queridas mías, os iréis. Comprendéis, no encuentro el momento de ser sepultado, no sé por qué pero

por nada del mundo alargaría mi vida. Es cierto que economizo mis esfuerzos, cierto que me reservo, pero sólo lo hago para degustar mejor mi propia muerte, quiero estar terriblemente sano ese día. He pensado tantísimas veces en el momento de exhalar el último suspiro, y me duraría mucho más de un segundo, y, después, yo mismo me cerraría aún en vida los ojos, contendría la respiración y en el esfuerzo me fallarían las fuerzas. Parece una situación poética, aunque os riáis, pero es mi sueño predilecto. Lo más extraordinario es que no me ocurre nada, sólo un gran bienestar que me hace caer en la tumba, en la tierra, y después oscilo, porque los demás muertos me hacen sitio. Al final me hallo bajo tierra.

¿Qué es un hombre loco?

Durante aquellos días las dos visitaron a un pariente, mientras se preguntaban qué era un hombre loco. Murmuraban también: un loco recoge en su persona varias o demasiadas similitudes, y éstas brujulean sin hallar su modelo. Pero ¿cómo se puede pretender la corrección del modelo? Acercándose a las habitaciones de estos hombres singulares, ambas sentían cierta curiosidad, distraídas por la bifurcación del sendero. Por una parte, al fondo, había un patio rodeado de una tapia; por la otra, una fila de hombres que paseaban.

En el centro, un árbol corpulento arrojaba una sombra sobre un campo de tenis. En la simetría de este paisaje resaltaba el rojo oscuro con líneas blancas. Dos formidables tenistas se dedicaban a seguir la pelota. Las dos visitantes miraban de izquierda a derecha el juego.